

Nota del autor

Descubrí la figura de Es Saheli el granadino a finales de 2001, durante mi primer viaje a Tombuctú. Jamás antes había oído hablar de él y la curiosidad me empujó tras su rastro histórico. Quedé fascinado por su obra y ante la increíble epopeya de su vida. Sorprendentemente, su nombre es todavía un gran desconocido. Este olvido resulta del todo inexplicable e injusto, pues posee una biografía tan apasionante como la de León el Africano y otros grandes genios medievales. Tanto su poesía como su obra arquitectónica han llegado frescas y vigentes hasta nuestros días, casi setecientos años después de su muerte. Poeta brillante e insigne arquitecto, legó a la historia de la humanidad el más importante estilo arquitectónico africano, el conocido como arte sudanés, en el que han bebido figuras de la talla de Gaudí y Barceló. La mezquita de Djinguereiber, su obra cumbre, sigue emocionando a los visitantes de hoy. Merece la pena atravesar el océano de arena del Sáhara para perderse en sus penumbras.

Comencé a investigar su vida y, durante siete años, regresé en varias ocasiones a los distintos escenarios andaluces y africanos por los que transcurrió el largo peregrinar del granadino errante. Granada, Fez, El Cairo, Walata, Agadez, Tombuctú, Gao. Todas ellas ciudades míticas que sirvieron de escenario para una vida intensa, atormentada y fructífera.

Agradezco a Ismael Diadié, director de la Biblioteca de Tombuctú, la información que nos permitió publicar un primer libro que titulamos *Los otros españoles. Los manuscritos de Tombuctú: andalusíes en el Níger*. También agradezco a Antonio Llaguno la investigación que realizó para su libro *La conquista de Tombuctú*, y que tan útil me resultó para escribir esta obra. Para la transcripción de su poesía utilicé el excelente libro de Fernando Velázquez Lasanta, *Un mutanabbi andaluz*, dedicado a la *Vida y obra del poeta, alarife y viajero granadino Abu Isaq Es Sabeli*, (s. XIV). También le debo a Ada Romero, traductora de la *Ribla de Abana*, su rica investigación sobre fuentes históricas del personaje.

La novela está basada en las muchas notas biográficas que sobre Es Saheli existen en la bibliografía clásica. Los lugares, los acontecimientos

políticos, las fechas —escritas según el calendario cristiano para facilitar la lectura— y muchos de los personajes responden a la historia real. Los versos que transcribo también son de su autoría. Como escritor me he permitido bucear en el interior complejo de sus sentimientos. Espero no haberlos traicionado.

Cumplo con esta novela el deber de sacar a la luz la vida de un genio universal. Juzgue el lector si merecieron la pena mi dedicación y mi esfuerzo.

I

al jabbar, el Todopoderoso

En el nombre de Alá, el Clemente, el Misericordioso.

Me dirijo hacia Fez, ciudad de los meriníes, en este principio luminoso de 1337. Mañana entraré por sus puertas engalanado con mis mejores ropas. Encabezo ante su califa Abu l-Hasán una embajada del emperador Kanku Mussa, sultán del reino del Mali, o, como por aquí gustan decir, del reino de los negros, del que soy alarife y arquitecto real. Salimos de Tombuctú hace cuarenta días. Hemos atravesado los atroces desiertos del Sáhara y las nieves del Atlas para alcanzar los valles del reino de Marruecos, fértiles a mi vista y recuerdo. He vuelto a reencontrarme con los árboles de mi infancia: los olivos serenos, los granados en punta de rojo, los algarrobos pacientes y los almendros de inesperada flor. Desde lo más profundo de África retorno al Mediterráneo que azula las costas de mi patria verdadera. El dolor del recuerdo y la añoranza me desangran el corazón. Lloro por regresar a Granada, de la que saliera hace ya tanto tiempo. Vagabundo de la vida y los caminos, ni una sola de las noches transcurridas desde mi destierro he dejado de recordar Al Ándalus, la tierra de mis padres. Durmiera en el desierto raso, bajo el bordado infinito de las estrellas, o en los lujos de palacios y alcazabas, cubierto por tafetanes y artesonados de maderas labradas, siempre fue para Granada el postrer recuerdo antes de que la bruma del sueño adormeciera mi razón. Mil y una veces me juré que algún día regresaría. Alá se ha apiadado de su modesto servidor, guiando la caravana de su vida hasta el reino de los meriníes, a las mismas orillas andaluzas. Concluiré la misión en la corte de Abu l-Hasán, y retornaré a Granada, mi anhelo secreto. Estas intenciones no se las confesé al emperador, que queda ahora lejano y desvaído. Regresar es mi sueño, mi meta, el sentido de mi camino. Después de haber conocido la gloria en El Cairo, Damasco, La Meca y Tombuctú, me gustaría volver para morir en los brazos dulces de Granada.

Voy para viejo y aún no soy sabio. Porque los poetas somos siervos del sentimiento, la sensata razón se nos muestra esquiva y la fortuna adversa. Vagamos sin rumbo como gacelas perdidas por los páramos del desconcierto. Hace muchos años, justificaba la ausencia de sabiduría por el tesoro de la juventud. Que los viejos de Granada ya lo repetían: el peso de un hombre es siempre el mismo ante Alá. Lo que gana en conocimiento y experiencia, lo pierde en juventud y vigor. Así, el fiel de la balanza permanece en equilibrio. Ya no soy joven, pero sigo sin poseer el conocimiento. Pierdo fuerza y brío, sin ganar en discernimiento. Mi balanza se inclina hacia el lado de la vacuidad, de la inconsistencia leve. Avanzo hacia el polvo, la ceniza y la nada, como barruntan los místicos y eremitas. Miro atrás y sólo veo camino. Siempre temí que el viento de la historia borrara las huellas de mis pasos. Hoy sé que, gracias a Alá, algunas me sobrevivirán en forma de mezquitas y palacios. Espero que también mis versos florezcan de boca en boca. Me gustaría que el nombre de Es Saheli no se perdiera en la memoria de los hombres. Por eso inicio esta *Rihla* íntima, fiel testigo del viaje de una vida de pecado y gloria, que de todo hubo en el peregrinar de este humilde siervo del Todopoderoso. Poco soy, lo sé. Pero desde esa insignificancia, ansío que la llamita de mi recuerdo no se extinga jamás. Quizá sea soberbia, pecado aborrecido por Alá, pero no quiero morir del todo. Si alguien llega a leer estas líneas, sabrá de la vida de un poeta andaluz que se transformó en arquitecto africano. Un vanidoso loco con delirios de la única e incierta transcendencia posible. La que me otorgue algún venturoso día, *insballab*, el lector piadoso que se acerque a conocer lo que de mí fue en este siglo de mudanzas y desvaríos.

II

al latif, el Sutil

Las hogueras elevan al firmamento su oración encendida y el sahumero rojo de nuestra fe. Alguien ha arrojado a las brasas unas ramitas de alhucema. Huele bien. Cierro los ojos y aún logro percibir los olores de mi infancia. Que si algunos recuerdan la luz de su niñez, a mí me persiguen los aromas de la más hermosa y desdichada de las ciudades, Granada, la joya de Al Ándalus. Mi padre, Muhammad al-Garnati, que Alá lo tenga en su seno, fue alamín del gremio de los perfumeros. Durante muchos años de su vida, controló las medidas y la calidad de los perfumes elaborados y vendidos por los perfumeros que trabajaban en el zoco de las especias. También muchas familias acudían a su saber como experto en partición de herencias. Pero él pasaba más tiempo entre la alegría de los perfumes que sobre los severos legajos que firmaba con cálamo de caña tallada y tinta carmesí. Mi infancia transcurrió entre las fragancias de las esencias. Todos los olores tuvieron su asiento en aquellos años de la Granada cosmopolita, desde los más cercanos del jazmín, el azahar y el romero, hasta los más exóticos de la India y del Oriente. En oscuros sótanos, celosos del secreto de sus mezclas, los maestros perfumeros destilaban las esencias y realizaban extrañas mezclas de alcoholes y concentrados. Sus olores inauditos alcanzaban la calle y eran para todos nosotros, chiquillería alborotada, testigos fugitivos de la alquimia de aquellos sabios en aromas, mudados por la magia de nuestra imaginación en brujos oscuros y terribles nigromantes. Soñábamos con jugar entre sus alambiques y retuertas, pero jamás nos atrevimos a profanarlos. El castigo de nuestros padres hubiera sido terrible.

Nací en el año 678 de la Hégira, el año 1290 según el calendario cristiano. Reinaba por aquel entonces en Granada el sultán Muhammad II, el Nazarita. La ciudad florecía, en inestable equilibrio con los castellanos del norte y los bereberes del sur. Granada era la ciudad de la belleza, pero también del comercio. Mil alhóndigas y zocos mostraban sus mercancías a compradores y curiosos. Los perfumeros y especieros compar-

tían mercado y mi padre se encargaba de la armonía de sus negocios. Los colores y olores de las especias, colocadas en sacos abiertos, alegraban la vista y excitaban el olfato. Los comerciantes dilapidaban su ingenio y alegría con bromas y puyas tan inútiles como entretenidas.

—Las especias son perfume para la nariz y gloria para el estómago —se burlaban los especieros de los perfumeros—, mientras que vuestros potingues sólo engañan al olfato.

—Pero gracias a nuestros elixires se conquistan corazones y se embruja al amado hasta el lecho del amor —respondía algún perfumero.

—Donde no se desahoga el ansia si no has tomado tu buena ración de canela con miel, el mejor de los afrodisíacos —afirmaba entre risas ostentosas Alí, el más rico de los especieros—. Que lanzas muy nobles no resultaron enhiestas en el campo de batalla, faltas de sustancias elementales.

—Los especieros no sabéis de amor, sólo de guisos.

—Te equivocas. Un buen plato aliñado con pimienta molida ha derrotado más voluntades que todas las sedas y perfumes de la Alcaicería.

Ahora sé, con los años, que los voceros de ambos oficios tenían razón. Que los olores llegan directamente al corazón, pero que un plato bien especiado arrastra al más poderoso de los monarcas. ¿Aliños para comer, o aromas para oler? Qué más da, pienso hoy. Pero por entonces, aquel niño que yo era, defendía firmemente la razón de los perfumeros. Para algo, mi padre era su alamín.

—Abu Isaq —me preguntaban para comprometerme—. ¿Tú qué dices?

—El perfume es espíritu y las especias, materia —respondía con seriedad la frase memorizada—. ¿Ante quién debe rendirse el hombre sabio?

Creía impresionarles con mi precocidad, cuando todos sabían que eran cosas de mi padre, al que todavía escuchaba por aquel entonces con veneración. Después sería distinto, pero cuando niño, bebía con fruición de su cabal sabiduría. Él me enseñó más que todos los alfaquíes de la escuela y la madraza. Lo escribí en un poema:

*Yo me saciaba de su sabiduría
en un jardín vedado,
y en piletas de agua fresca bebía.*

En muchas ocasiones, de un sencillo ejemplo, extraía sabios consejos. Así fue formándome y educándome.

—Abu —siempre me llamaba así—, ¿qué perfume es éste?

—Parece cilantro —le respondí.

—Parece, pero no lo es. Es bergamota. Desprende un delicado aroma que oculta un veneno mortal. Como casi todas las cosas de la vida, hijo, los perfumes tienen dos caras. Los olores hermosos fueron creados para atraer. Así, la enamorada consigue a su hombre y la planta carnívora a su víctima. Siempre que huelas bien, sospecha.

Cuánta razón tenía. Debía ser otoño, cuando en la Andalucía descargan con furia las borrascas. Había estado lloviendo todo el día, y los mercaderes desesperaban en sus portales. En un claro de las nubes, algunas mujeres se acercaron para comprar. Los perfumeros, espoleados por los escasos dinares del jornal, se esmeraron en atenderlas y agasajarlas. Por eso, no me extrañó que Alí me llamara con gestos. Quería pedirme un favor.

—Ayuda a la viuda Jatima a llevar sus compras.

Lo hacía con cierta frecuencia. Llevaba las canastas hasta los domicilios de las clientas y me ganaba algunas monedas como propina. Como era niño aún, nadie veía mal que acompañase a una mujer hasta su casa. De mozo ya, hubiera resultado escandaloso.

La viuda vivía en el arrabal vecino de nuestro barrio *rab al-Yawd*, junto a los Cuarteles de la Generosidad. Como en otras ocasiones, me detuve ante la puerta de la clienta. Ahí terminaba mi trabajo. Debía esperar la propina para largarme feliz. Pero no ocurriría así en aquella ocasión.

—Pasa, no te quedes ahí parado.

Obedecí a la mujer. Me adentré en la penumbra de un estrecho zaguán. Ella entró detrás. Cerró la puerta y me puso la mano sobre la espalda. Noté algo extraño. La viuda me sonrió, y yo no supe bien qué hacer.

—Pasa, pasa al patio. Te serviré un zumo de naranja. Te sentará bien.

Llegué hasta el patio empedrado. Era humilde, pero la limpieza de la cal y las flores lo hermozeaban. Dejé las canastas en el suelo.

—Espera un momento, voy a ponerme cómoda.

La mujer entró en la habitación que tenía detrás. La puerta quedó entornada. Cantaba algo con voz dulce y queda. De repente, sin poder-

lo evitar, descubrí que a través de la puerta entreabierta podía verla. Ella quedaba de espaldas, por lo que no podía adivinar que la espiaba. De repente, para mi sorpresa, se quitó el velo. Una larga melena negra se derramó sobre su espalda y su pelo atezado brilló en ondas de azabache. Reconocí la canción que entonaba. Hablaba de amor, y estaba muy de moda por aquel entonces. El corazón comenzó a latirme con fuerza. Retrocedí, sin dejar de mirar a través del generoso hueco de la puerta. Me pegué a la pared. Hierbabuena, olía a hierbabuena. Algunas matas estarían sembradas en algún tiesto del patio. Jatima, que seguía de espaldas, pareció desabrocharse los botones de su sayo. ¿Iría a desnudarse? Había dicho que esperara un momento, que iba a cambiarse de ropa. Sabía que debía apartarme de allí, que no podía seguir espiando su intimidad. Pero no era capaz de hacerlo. Mi mirada, ansiosa, escudriñaba los secretos de su alcoba, mientras que el latido de mi corazón sonaba como una estampida de potros sobre el adoquinado de la cuesta del Chapiz. Lo iba a hacer. Comenzó a sacarse por la cabeza la chilaba que la cubría por completo. Nunca había visto a una mujer desnuda. Se sacó el sayón. La espalda, blanca como nuestra sierra cubierta de nieve, relució al trasluz. Una especie de calzón la cubría desde la cintura hasta las rodillas. Sus pantorrillas lucieron con toda generosidad. Había oído decir a los perfumeros del barrio, entre risas, que las potras de raza debían tener los tobillos estrechos. Así eran los de Jatima. Un junco del Genil no competiría con su finura. Sin saber muy bien por qué, me sentí orgulloso. La viuda debía tener clase en su encaste. De repente, se movió. Por un momento pensé que iba a girarse. Si miraba hacia la puerta me descubriría. Aterrorizado, pegué tal salto que tropecé con una maceta y caí al suelo con estrépito.

—¿Qué pasa? —preguntó desde el interior—. ¿Te has caído?

—No, no es nada —le respondí nervioso mientras me incorporaba precipitadamente.

—Enseguida termino. Espera un momento.

La situación parecía salvada. No me había descubierto. Yo seguía muy nervioso y excitado, víctima de un cosquilleo desconocido. La imagen de su espalda desnuda seguía grabada a fuego en mi recuerdo. Decidí que no volvería a espiarla, pero mis pasos me retornaron adonde había estado antes. No podía evitarlo, a pesar de saber que incurría en pecado. No llegué a hacerlo. Antes de recuperar el ángulo de visión, la puerta se abrió. La viuda sonrió al verme.

—Qué guapo estás.

Un fino camisón de gasa la cubría. Tan leve era, que su cuerpo se transparentaba. Dos aureolas oscuras remataban el volumen de sus pechos, y una sombra negra enseñoreaba los bajos de su vientre. Con los ojos muy abiertos, sin poder responder ni moverme, sentí que mi desazón aumentaba.

—Voy a por el zumo.

Al girarse, mis ojos se fijaron en la redondez de las caderas. Su trasero se meneaba con la cadencia del cañaval batido por los suaves vientos del poniente. Desapareció en una habitación. Debía ser la cocina. El olor a hierbabuena me envolvió. Desde entonces, el deseo me recuerda su esencia. Atontado, sin luces en la razón, decidí buscar de dónde procedía. No tardé en descubrirlas, junto al arranque de la escalera. Tenía otras macetas a su vera. Perejil, romero, albahaca. Pero sólo la hierbabuena olía.

—Ven, vamos a sentarnos, aquí traigo las bebidas.

Colocó la bandeja en el extremo de un diván. Nos sentamos uno junto a otro. Yo no era dueño de mí, parecía un títere dominado por los hilos de una excitación extraña y desconocida. Intentaba mirarla a la cara, pero los ojos se me iban a la transparencia de los pechos.

—¿Te gusta el zumo?

—Está muy rico, muchas gracias.

—¿No me dices nada?

No supe qué responderle. Agaché la cabeza. Estaba nervioso, sumido en el desconcierto del ansia infantil. El aroma que la adornaba me lanzó un cabo al que asirme. Indagarlo era territorio seguro.

—¿A qué huele usted?

—Eres muy joven para saberlo.

—Dígame, mi padre trabaja entre perfumeros.

—De este perfume no te habrá hablado.

—Mi padre conoce todos los aromas.

—Seguro que tú todavía no.

—Me gusta aprender, ¿a qué huele?

—A deseo.

Iba a decirle que no conocía esa fragancia, cuando recordé las palabras de mi padre. Desconfía de los perfumes, me repetía. Alguien te quiere embaucar tras sus adornos. Las plantas carnívoras atraen a los insectos por su olor dulce para devorarlos después. La miré. Sus labios

carnosos esbozaban una sonrisa que entonces no supe interpretar. Hoy la reconozco como sensual. Mi imaginación me jugó una mala pasada. En mi interior sonaron las duras palabras del alfaquí cuando nos advertía de los riesgos del pecado. Y la mujer se transformó ante mis ojos en una terrible planta que me atraía hacia sus fauces. Era un insecto a punto de ser devorado. Mi cabeza iba para un lado, y mis deseos para otro. Sabía del peligro que corría, pero deseaba dejarme llevar, arrojarme sobre sus jugos venenosos, diluirme en su esencia de flor del paraíso. Pero no. Eso era pecado, debía huir. Me levanté de un salto enérgico, apenas un segundo antes de sucumbir ante la hembra ansiosa.

—Perdone, debo regresar a la alhóndiga.

Y dejándola con la palabra en la boca, salí despavorido, sin cobrar siquiera la propina. Siempre recordaría esa primera lección de seducción. Descubrí el olor de la hembra sedienta de placer y caricias. Huelo a deseo, me dijo la viuda Jatima. Y tenía razón: el deseo de la mujer huele. Es un olor ácido y dulzón, como de fruta pasada. Mil veces más apreciaría ese aroma femenino agazapado bajo los perfumes y los afeites que las engalanan. Aprendí que se llama deseo. No le pregunté a mi padre por él, pero desde aquella tarde apreció los vientos del celo de la hembra. Si las requieres cuando así huelen, caen rendidas en tus brazos. Pero ese secreto a nadie se lo enseñé, lo guardé sólo para mí. Así me resultó más fácil conseguir a algunas hembras en sus precisos instantes de urgencia de amor.

III

al muhaymin, el Protector

Los mozos y camelleros ya duermen, enroscados en sus pobres mantas. Las candelas languidecen y el ulular de los pájaros acuna la noche transparente. También yo estoy cansado. Mañana hemos de levantarnos temprano para llegar a Fez antes de que el sol reine en la perpendicular del mediodía. Leeré las últimas líneas escritas en mi *Rihla* antes de apagar la lucerna. Que Alá permita que tengamos un buen día.

En aquella Granada de mercados y comercios, mi familia tenía un lugar relevante. El almotacén vigilaba las medidas y los pesos utilizados por los comerciantes. El alamín cumplía con las mismas funciones, pero tenía el mayor rango que los estudios y el conocimiento concedían. Por eso, yo me sentía muy orgulloso de ser hijo del alamín de los perfumeros.

El zoco de los fruteros se encontraba muy cerca de la Puerta Bib-Elvira. El de los carpinteros, en el barrio judío del Mauror. Los alfareros hacían girar sus tornos en el mercado de al-Fajjarin del Realejo, mientras que los curtidores ensuciaban el río en el zoco del al-Dabbagin, cercano al Puente del Álamo. Los aceros y los hierros de los cuchillos brillaban en el zoco de los cuchilleros, allá en el arrabal de los Gomerés. Los alrededores del Zacatín eran testigos de las proclamas de los ropavejeros y de los afanes de los zapateros. En la plaza Maysid al-Azam, junto a la entrada de la Gran Mezquita, los perfumeros y drogueros bendecían los aires con la fragancia de sus esencias. Toda Granada bullía en actividad y opulencia.

Mi infancia transcurrió entre estudios y juegos. Nada sabía de la política por aquel entonces. A los doce años, en 1302, asistí con mi padre a los actos de coronación del nuevo rey, Muhammad III, que sucedía a su padre Muhammad II, recién fallecido en su lecho. De muerte natural repitieron los susurros de la ciudad, como si de algo extraño se tratase. La ciudad lo lloró con sentimiento verdadero. Había sido un buen monarca. Pero a rey muerto, rey puesto, como afirman con cínica razón los politeístas cristianos. A las pocas semanas el pueblo asistió fe-

liz a la coronación del nuevo sultán. En la *xarea*, el llano grande sobre el Albaicín, formaron los embajadores de los reinos cristianos y africanos, los generales de los ejércitos, los visires, los altos funcionarios de la corte y los gobernadores de las provincias del reino. Todos ellos lucían sus mejores galas, pavoneándose en distinción y altivez. El nuevo rey llegó a caballo, rodeado por los oficiales de la guardia palaciega y aclamado por el pueblo llano. Descabalgó solemne y se dirigió hacia el trono de madera de cedro y marfil que se encontraba sobre una tarima elevada, para que todos los asistentes pudieran observarlo con la reverencia propia de la ocasión. El gran cadí del reino actuó como notario para dar fe de la legitimidad de la sucesión, bajo la atenta mirada del imán mayor de la mezquita. Una vez concluida la liturgia, el hombre santo entonó las plegarias a Alá y las admoniciones al recién investido. «Rey —le dijo en voz alta mirándolo a los ojos—, te crees poderoso, pero Alá es el único poder. No lo olvides. Sé justo con los hombres, generoso con los necesitados, y severo con los enemigos de la fe y del reino. Y no olvides el lema de tu antepasado Alhamar, coronado como Muhammad I: *al-Galib bi-llah*, no hay más triunfador que Dios.» El sultán agachó la cabeza con sumisión y respeto. Aquel gesto de humildad fue interpretado como una señal de sabiduría y un augurio de apoyo divino. Un anciano que estaba junto a nosotros repitió en voz alta el hadiz del profeta. «Cada religión tiene su carácter propio, y el del islam es la modestia.» La algarabía de júbilo de los granadinos subió hasta el cielo. Alá acababa de regalarles un monarca humilde, y la humildad en los poderosos era considerada como adorno de la sabiduría. La innata percepción del pueblo no se equivocó. Muhammad III sería un gran rey hasta que la ceguera de sus muchas lecturas lo inhabilitara para el gobierno.

Los granadinos están siempre prestos a exteriorizar su alegría. Aquel día comieron y cantaron. Los más piadosos se acercaron hasta las mezquitas, y los más crápulas hasta los comercios donde se bebía vino y se recitaba poesía. Aquel día asistí a la más colorida y espectacular de todas las magnas celebraciones religiosas o civiles que conociera la *xarea* del Albaicín. La alegría brotó espontánea. Habría otras investiduras reales, pero no tan felices ni cálidas. Regresé en muchas ocasiones, sobre todo durante los días grandes del islam como los del *aid al fitr*, el día de la ruptura del ayuno, o el *aid al adba*, la fiesta del cordero, pero nunca el pueblo vibró con la emoción de aquella vez.

Mi padre compartió la alegría de sus vecinos. También él participó en la venturosa interpretación de los augurios.

—Alá nos ha regalado un buen sultán —susurró a mis oídos—. El buen gobierno del reino precisa de mucha prudencia y astucia.

Una vez concluidos los fastos, nos retiramos. Pero antes de llegar a casa, mi padre se despidió.

—Vete tú. No iré a almorzar, tengo que atender unos asuntos importantes.

El brillo ansioso de sus ojos lo delató ante mi inocencia. Me pareció extraño que no comiese con toda la familia en una ocasión tan señalada. Se perdió entre las callejuelas y yo llegué solo a casa. Mi madre se sorprendió al descubrir su ausencia.

—Pero, ¿dónde ha ido?

—No lo sé. Me dijo que tenía algo importante que atender.

—No hay nada más importante que la familia, Abu. Nada. ¿Te enteras?

No hizo más comentarios. Bajó la cabeza y nos llamó con voz seca y enérgica.

—¡Omar, Abu Isaq, a comer!

Fue la voz de una mujer dolida. La familia lo era todo para ella, y la ausencia de mi padre en un día tan especial le supuso una amarga ofensa. Mis abuelos, sentados sobre la alfombra de la sala, desmenuzaban con sus dedos las partes más blandas del cordero. Sus precarias dentaduras no les permitían atacar los pedazos sabrosos que peleábamos los nietos entre jolgorio y bromas. Mi madre apenas comió. Sus ojos llorosos se cruzaron con los de mi abuela. Se abrazaron en silencio, bajo el manto de una triste resignación. Barruntaban el acontecimiento que marcaría desde aquel día a la familia. Mi abuelo, inmutable, siguió triturrando con sus manos grasientas las blanduras del borrego. Mi padre regresó al atardecer. Parecía contento. Nos besó a todos y se retiró a su habitación, la única apartada de la casa. Nosotros dormíamos en unas camas laterales que durante el día eran usadas como divanes.

—Abu, vete a la cama. Ya es tarde.

La voz de mi madre era de pena honda. La miré con ternura. Rompió a sollozar y la abracé con todas mis fuerzas.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué lloras?

—No es nada, enseguida se me pasará.

Supe que fingía. El dolor que la atravesaba no la abandonaría jamás.

—No sufras, que te quiero mucho.

—Yo también. Iros a la cama.

Aquella noche, entre sueños, escuché sus sollozos. Mi padre le hablaba con voz queda, tranquilizándola, pero su llanto parecía incontenible.

A la mañana siguiente, unas profundas ojeras afeaban su rostro. Todavía era joven y bella, y, para sus hijos, la madre más guapa del reino entero. Nos sirvió el desayuno en silencio. Al terminar, se levantó y nos dijo:

—Voy a la alhóndiga de verduras.

Me incorporé para partir con ella, pero rehusó mi compañía.

—Mejor quedaos aquí con vuestro padre.

—Sí —replicó él con voz grave y tranquila—. Quiero hablar con vosotros.

Esperábamos impacientes sus palabras. A buen seguro que el secreto que nos iba a desvelar era responsable de las lágrimas de la noche anterior.

—Como sabéis —comenzó a hablar una vez que todos nos habíamos sentado a su alrededor—, siempre he sido un buen padre y un cariñoso marido.

Era verdad. Siempre nos trató bien y jamás nos había faltado de nada. Pero eso ya lo sabíamos. ¿Adónde quería llevarnos con tantos prolegómenos?

—También soy un buen musulmán, fiel cumplidor de las enseñanzas del Libro Sagrado.

Cierto. Sin ser de los que no salían de las mezquitas, mi padre cumplía con todos los preceptos del islam.

—He decidido contraer nuevo matrimonio. Tomaré una segunda esposa.

El mazazo con el que los matarifes derriban al buey más poderoso de la vega apenas sería una caricia en comparación con aquel golpe terrible. Nos dejó aturridos, sin resuello. Una segunda esposa, a buen seguro más joven que mi madre. Nuevos hijos. Hermanastros. No lo podía creer, todo mi pequeño mundo se derrumbaba en un instante.

—No la traeré aquí, para no incomodar a vuestra madre. Seguiré casado con ella, ya sabéis que la amo mucho. Mantendré las dos casas. No debéis preocuparos, nada os faltará.

Rompí a llorar. Por mi madre, por mí mismo. No quería compartirlo con ninguna otra familia. Deseaba que siguiera siendo esa figura que

me enseñaba los olores de los perfumes y jugaba conmigo al atardecer. Me sentí traicionado por mi propio padre, al que había venerado hasta ese momento. Mi hermano mayor, Omar, me echó el brazo por encima, en un vano intento de consuelo.

—No llores, Abu. Padre no hace nada malo. Ya sabes que un musulmán puede poseer hasta cuatro esposas.

Mi padre agradeció el apoyo de Omar.

—Así es. Además, vuestra madre me ha dado su consentimiento.

Me levanté y salí al patio. Nadie me retuvo. Lloré con el desconuelo de un niño abandonado. ¿Cómo podía mi madre haberle consentido una nueva esposa? Ya no sería la única, tendría que compartir su cariño. Recordé sus lágrimas de dolor. Lo odié, ¿cómo podía hacernos eso? Agaché la cabeza. Sabía que mi hermano tenía razón. El Corán lo permitía. No teníamos derecho a sublevarnos contra lo que el Profeta había revelado. Aunque en Granada la poligamia no era práctica habitual, algunos comerciantes ricos alardeaban de varias esposas mantenidas. ¿Tanto dinero teníamos? La ley exigía que el marido poseyera la suficiente renta para que nada faltase en ninguno de sus hogares. Estaba aturdido, desconcertado. Me levanté y paseé por el patio. Al acercarme a la puerta de la casa, pude escuchar su conversación con Omar.

—Es la hija de Osmán. Seguramente le concederán un cargo en palacio, conoce bien la política de la corte.

Política. Fue la primera vez que oía esa palabra. No comprendí su significado. Ojalá jamás lo hubiera descubierto.